



EL NIÑO DE LA SELVA

HÉCTOR HERRERA SANTOYO *

A la memoria del niño José Iván Valverde Comallán. (Nació en Puerto Inírida, Guainía, el 28 de octubre de 1999; murió en Bogotá, Colombia, a las 5.10 p. m., del 31 julio de 2002).

Este relato es ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Como dijo Ghandhi: “No hay camino para la paz, la paz es el camino”.

Taca, taca, taca, taca, el traqueteo estridente de las ametralladoras se escuchaba en todas partes, es domingo por la mañana y la guerrilla se va a tomar un pueblo del Amazonas colombiano. Las familias se refugian debajo de lo primero que encuentran, las madres lloran y rezan, los niños y las niñas entienden el peligro y están quietecitos. Los líderes indígenas que usualmente ese día amanecen tirados en la calle después de beberse los subsidios del Estado, quedaron despiertos y sobrios con el primer tiro. Los policías y militares encamados con sus esposas o amantes indígenas, quedaron en pie de inmediato, se atrincheraron, empuñaron su pistola, la mayoría hizo la señal

de la cruz implorando a Dios que no se los llevase del lado de sus familias. En el cuartel se prendieron todas las alarmas, los policías iban y venían buscando una trinchera, disparaban sin tener bien claro para dónde, el radio operador clamaba con tremenda angustia por refuerzos. De por Dios, manden el avión fantasma, manden helicópteros, lo que sea, pero manden algo, decía, y su temor no era infundado, pues en esa parte de la selva colombiana el dominio de la guerrilla es total, si se toman el pueblo acaban hasta

* De nacionalidad colombiana, abogado con opción en antropología de la Universidad de los Andes en Colombia.

con el nido de la perra, no quedaría piedra sobre piedra.

Un cilindro bomba¹ explotó en el tanque de agua donde estaba atrincherado un agente, este corrió por algunos segundos con su cuerpo encendido en llamas (su mamá nunca encontraría su cadáver y hasta el día de hoy sigue esperándolo).

Mientras, en las afueras del pueblo, en una casa abandonada por sus propietarios que fueron amenazados, ennegrecida por el tizne de un incendio resultado de la amenaza, una señora analfabeta medio mestiza, medio indígena paría a su sexto hijo, el tercero de su segundo compañero sexual, cuyo único aporte a la crianza de sus hijos era fecundarlos. Fue en plena toma guerrillera, en medio del calor soporífero, que nació el niño de la selva, en aquel diminuto pueblo consumido por la corrupción, el narcotráfico, la violencia, los mineros, los contrabandistas, la belleza de sus paisajes y ríos. Gritaba, y no era para menos; el primer sonido que escuchó al nacer fue el totazo de un cilindro bomba que explotó a media cuadra; lástima, te hubieras quedado en la tranquilidad de la nada, pero bueno, ya estás aquí y lo mínimo es que se sepa tu historia, entiendo que sigas llorando con todas y tus escasas fuerzas, estás en todo tu derecho.

El avión fantasma llegó y en la parte de recha de su fuselaje se veía un soldado disparando la ametralladora punto cincuenta. La guerrilla ya había asaltado el

banco agrícola, destruido el cuartel, las balas perdidas de lado y lado alcanzaron a muchas personas que estuvieron en el lugar y momento equivocados, ahora aquel pueblo podría adicionar a sus estadísticas treinta y un huérfanos, catorce viudas y veintidós madres sin un hijo que las cuide en su vejez. Por supuesto, hubo muertos de parte y parte, en eso la guerra es muy generosa y siempre se asegura de poner muertos en todos los bandos, treinta y tres madres de aquellos guerrilleros que no recibían noticias de sus hijos e hijas hace tiempo, ahora sí con certeza nunca jamás los volverían a ver, por lo menos no en esta dimensión. El avión fantasma seguía sobrevolando, el artillero disparaba intermitentemente a la inmensidad de la selva, las bombas dejaron de escucharse explotar.

La mañana después de la toma, hay tensa calma en el pueblo, nadie en las calles, y no por toque de queda, que no había quedado autoridad en pie que declarase la medida, sino por miedo, por puro miedo, hasta las iguanas se quedaron encaletadas en sus madrigueras. Las aguas del río están calmas y su cauce va disminuido, si hubiera estado alguien en el puerto habría visto algunos cadáveres que bajaban flotando en las amarillentas aguas, la aleta de un delfín rosado se asoma tímidamente para de repente sumergirse, los delfines rosados apenas sienten el mal le hacen el quite. El niño de la selva nació el fatídico día de la toma guerrillera, algo que parecía presagiar su futuro, aunque en este país no hace falta nacer un día especialmente siniestro para darse cuenta de que entre el narcotráfico, la violencia y la corrupción

1 Arma no convencional compuesta por un cilindro de gas propano lleno de explosivos y metralla que es lanzado desde otro cilindro vacío más grande.

estamos jodidos del todo. Un vientecito agitó las hojas de los árboles a lado y lado de la única calle pavimentada del pueblo (aunque todas figuran pavimentadas en los registros del Gobierno).

Dos años después

El niño de la selva descansa en la hamaca, un tetero lleno de agua tinto yace en el piso, los moscos sobrevuelan la cabecita del niño para posarse esporádicamente sobre su pequeña frente, el calor como siempre es tremendo, la hamaca está manchada con rastros de mierda del niño y de sus hermanas y hermanos. Entretanto, la mamá está en el pueblo barriendo las calles, porque la alcaldía le pagó un pequeño contrato para recoger la basura que otros arrojan, su rostro no deja ver el más mínimo asomo de preocupación por cómo está su hijo, de hecho su cara no muestra ningún signo de raciocinio o reflexión, parece que tuviera su mente en blanco, una sonrisita se ha quedado grabada en su rostro para siempre. Quizás un dictamen médico diagnosticaría retardo mental, quizá el dictamen de una madre diagnosticaría que es una sinvergüenza sin remedio, quizá un dictamen psicológico diagnosticaría mitomanía y alcoholismo, quizá. Los hermanos y las hermanas del niño de la selva están en la calle pidiendo limosna (asistencia-lismo), las niñas pronto estarán en edad de tener hijos inesperados o tal vez prostituirse, o ambas cosas; los niños pronto podrán con el peso de un fusil a las costillas; pero mientras tanto, el día de hoy, seguirán pidiendo monedas. Me regala para un pan, tengo hambre.

Los vecinos de aquella casa abandonada y tiznada por la violencia han denunciado a la mujer que la habita por maltratar a sus hijos. Una funcionaria de Bienestar Social fue, la mamá no se encuentra porque está barriendo, el padre, o los padres, ni hablar, Dios mío qué te han hecho, dijo apenas entró y vio al niño durmiendo en la hamaca, la trabajadora social tuvo que ponerse la mano en la boca para contener el conato de vómito que le produjo el olor de la casa y toda la situación que encontró. Acto seguido, la funcionaria tomó en sus brazos al niño de la selva, una lágrima se le escapó por la mejilla izquierda, es cierto, la escena da para más, pero a estas funcionarias de Bienestar Social el corazón se les endurece después de ver tanta cosa, Vamos, te voy a sacar de acá, despierta, le dijo con su dulce voz. De súbito, cuando ya estaba saliendo de la casa con el niño en sus brazos, no pudo contenerse y empezó a llorar, sus lágrimas fueron a dar a la frente del niño donde antes estuvieron las moscas, la única seña de estar vivo que daba él era mantener los ojos abiertos, la señora de Bienestar Social lloró como hace mucho tiempo no lo hacía, lloraba ríos, lloraba a cántaros, lloraba y lloraba, se le entrecortaba la respiración. La madre seguía barriendo, la hermana mayor del niño de la selva se comía un pan que le regalaron.

Un año después, el niño de la selva falleció en un hospital de la capital del país debido a los problemas de salud consecuencia de las horas, días y meses que pasó en esa insalubre hamaca desnutrido, descuidado y maltratado.